

CARTAS A MIS CONTEMPORANEOS

Señor lector desconocido de Puerto Rico Ilustrado
En cualquier pueblo de Puerto Rico

Mi querido amigo:

Cuando hace tres días se me solicitó por la Redacción del Puerto Rico Ilustrado un pequeño comentario sobre cual es la posición actual de don Luis Muñoz Marín frente al problema que representa la solución de nuestro status político, me pareció la encomienda lo suficientemente sencilla, para poderla cumplir en el plazo perentorio que se me había concedido. Luis Muñoz Marín es el político que mas abiertamente ha discutido con su pueblo el problema de nuestra soberanía. Después de tener las cuartillas frente a mí, la pluma en alto y la conciencia dispuesta no solo a la mayor objetividad sinó a la mayor sencillez, para enfocar lo que me parecía un índice innecesario de curiosidad, el asunto no me pareció tan sencillo. Llegué hasta concebir el temor de convertirme uno de esos panegiristas, que aveces tienen que padecer los hombres públicos, que según van escribiendo, van modelando para la posteridad, el héroe tal como ellos hubieran querido que el héroe fuera. Puesto ya en plan de exigencia en favor del propio don Luis Muñoz Marín, comprendí que mejor que escribir sobre cual podría ser la actitud de Luis Muñoz Marín frente a la solución del problema de nuestro status final, debiera escribir sobre cual es la actitud que Luis Muñoz Marín nunca podría asumir frente a la solución de dicho problema.

Hay algo que no es difícil afirmar para iniciar el tema: para Luis Muñoz Marín la solución de nuestro status político no es tan fácil como siempre había sido considerada por otros políticos, otros pensadores y por nuestros grupos culturales. Analizando las dos corrientes mas características de nuestro debate público número uno: - independencia, estadidad, - tal vez encontremos algo de las complejidades de que está envuelto el problema.

Cuando Estados Unidos penetra en Puerto Rico la primera alarma que siente el puertorriqueño es por creer que su hispanidad está inválida. Nada cuenta en esta primera desazón el riesgo que corra la gente ni el destino que se le depare a la tierra. Este pánico de la hispanidad invadida le da al concepto de "patria" puertorriqueña de las dos primera décadas, esa sensación de lejanía, esa dilución de la territorialidad dentro de un cuerpo histórico mas ancho, ese inalterable desprecio hacia la llamada cultura gruesa producida por el protestantismo industrial, que constituye la casi total expresión del primer cuarto de nuestro primer siglo americano. Esta es la angustia inicial que crea la primera corriente independentista de Puerto Rico. Esta angustia, mas bien sentida por grupos culturales, que sin duda todavía constituye una reminiscencia en el pensamiento libertario de Puerto Rico, creo que no tendría la menor oportunidad de intervenir, en el pensamiento político de Luis Muñoz Marín para la solución del problema de nuestra soberanía.

La necesidad, tanto política como espiritual de enfrentarse por primera vez con su realidad continental, para lograr su nuevo equilibrio como hombre de "nuevo mundo" le produce al puertorriqueño culto de principio de siglo otra

angustia parecida a la que le había producido su propia invasión. Panamá, Méjico, Cuba, Bolivia, Nicaragua, Santo Domingo, parecían áreas conjeturadas dentro de la expansión incontenible de una nueva técnica de agresión, el llamado imperialismo económico. Esta doble angustia de un hombre latino, que se siente invadido por todos lados es la que crea este puertorriqueño agónico, que vive toda la vida de su espíritu en trágico, que se siente emplazado por una enemistad superior al poder de su brazo y al poder de su tierra, dentro de una soledad tan ancha como su propio continente, que ha de darle a nuestra política separatista una enemistad tan grande, como él supone que es el plan de absorción concebido para su propia destrucción.

Esta otra reminiscencia de la lucha libertaria de Puerto Rico tampoco creo que influiría mucho que digamos en el pensamiento político de Luis Muñoz Marín. Como cuestión de hecho Luis Muñoz Marín interviene en la lucha que sostienen los grupos liberales norteamericanos contra las operaciones del llamado imperialismo económico en Centro y Sur América. Como cuestión de hecho es allí donde se gana la batalla, aunque desgraciadamente, no se pueden evitar algunos de los desastrosos efectos que en los países afectados, producen las operaciones de este llamado imperialismo económico.

En cuanto al caso de Puerto Rico concretamente, el análisis de las experiencias coloniales del puertorriqueño bajo la bandera norteamericana, siempre se tropieza con una dificultad inicial: que Estados Unidos nunca ha tenido un plan concreto sobre Puerto Rico ni bueno, ni malo; ni colonial ni anti-colonial. Esto le ha malogrado al puertorriqueño su oportunidad de desarrollar una serie de defensas concretas para enfrentarse con la política de Estados Uni-

dos en Puerto Rico. Parte de la confusión que ha tenido nuestra vida pública de los últimos tiempos (1920-1940) es que la vida puertorriqueña se ha tenido que desarrollar entre un complejo de libertad ciudadana y colonia económica, donde algunas veces el puertorriqueño promedio, ni siquiera se ha podido explicar cual era su verdadera lucha. Claro está que el hecho que Estados Unidos no tuviera ningún plan, con excepción tal vez, por asentimiento indirecto, de la enseñanza bilingüe, no significa que ciertos grupos económicos dejaran de temerlo. La realidad era, que hasta hace menos de ocho años, mientras el Gobierno de Estados Unidos estaba en disposición de reducir al mínimo la Colonia de Puerto Rico, ciertos grupos económicos, operando desde aquí y desde allá, tenían la pretensión de ensanchar al máximo el coloniaje en Puerto Rico. Los operacionistas de este plan supbreticio tenían el argumento de la libertad ciudadana que disfrutaba el puertorriqueño. Sinembargo cada día eran menos las oportunidades de vida que poseía el usufructuario de esa libertad.

Esta situación peculiar hace que entre el 1930-1940 se encuentren coincidiendo en el movimiento libertario de Puerto Rico los siguientes grupos, bastante heterogéneos entre sí: (a) el grupo ateneístico, que luchaba por evitar cualquier aislamiento cultural puertorriqueño, no solo de nuestros contados con la cultura española, sino de nuestros contados con los contenidos generales de la cultura europea; (b) el grupo hispanoamericanista que luchaba por el desarrollo geopolítico de una posible hegemonía hispánica en América; (c) el grupo fisiócrata, que luchaba por romper el sistema de acaparamiento de tierras que funcionaba en Puerto Rico

apesar de la prohibición expresa que había hecho el Congreso de los Estados Unidos sobre el particular; (d) el grupo educativo, que luchaba contra el demasiado optimista ensayo de la enseñanza bilingüe en Puerto Rico; (e) el grupo liberal, que alarmado por la massacre de Ponce y otras prácticas anti-democráticas luchaba por la re-afirmación por el Gobierno de Puerto Rico de la existente política de libertades civiles que el propio Congreso de Estados Unidos había formulado para Puerto Rico; (f) el grupo de ideas sociales avanzadas, que luchaba por conseguir una mayor justicia social, un mejor tipo de economía, para el pueblo de Puerto Rico; (g) el grupo revisionista, que luchaba por conseguir una ulterior revisión irrevocable de nuestra carta orgánica que permitiera una mejor unidad, un mas armónico proceso democrático entre el ejecutivo, el legislativo y lo judicial en Puerto Rico y (h) el grupo independentista, propiamente dicho, que luchaba por obtener la inmediata resolución del problema de soberanía

La composición de este grupo demuestra, por su simple enumeración, que los elementos que lo componían no tenían ni la misma formación educativa, ni similares elementos de juicio ante el problema de soberanía de Puerto Rico, ni idéntica actitud ante lo que podrían ser nuestras relaciones futuras con Estados Unidos. Se le llamaba "independentistas", por la simple razón que estaban en contra, tanto de las prácticas de las prácticas de comisariado tropical a que se dedicaban los gobernadores nombrados desde Washington, como de las prácticas de expoliación antillana a que se dedicaban los cupibalistas absolutistas de espaldas a Washington.

Con cuántos de estos grupos coincidía o se encontraba

en mayor afinidad intelectual Luis Muñoz Marín? Por su ejecutoria posterior como líder político Luis Muñoz Marín ha demostrado estar en contra del acaparamiento de tierras, en contra del plan para la enseñanza bilingüe, en favor de la re-afirmación de los derechos civiles, en favor de una mayor justicia social y un mejor tipo de economía para el Pueblo de Puerto Rico, en favor de una revisión irrevocable de nuestra carta orgánica. Con el grupo independentista propiamente dicho, coincide en cuanto a que de Puerto Rico, debe desaparecer todo rastro de coloniaje, pero no está conforme en cuanto a que la solución apropiada, por lo menos al presente, sea la inmediata separación nuestra de Estados Unidos y que se necesita un período estructural hasta tanto (a) la batalla de la producción, incluso la batalla de la rehabilitación en general de la economía puertorriqueña haga posible, (b) que el pueblo de Puerto Rico libremente pueda, escoger esa fórmula de soberanía (c) y otras sin ningún riesgo económico. Tampoco coincide con el grupo independentista, propiamente dicho, en cuanto a que la solución del problema de soberanía tenga que resolverse dentro de la fórmula clásica de independencia, creyendo él que puede resolverse dentro de esa fórmula o de cualquiera otra fórmula de asociación política, que sin que opere para crear un coloniaje perpetuo en Puerto Rico, o una desigualdad económica permanente para nuestro pueblo pueda complacer las finalidades fundamentales que persigan ambos pueblos dentro de dicha unión. La ventaja evidente que tiene Luis Muñoz Marín para la solución del problema puertorriqueño en general, incluso para la solución del problema de soberanía, es que él no está adscrito a ninguna teoría ni tiene enagenada por anticipado su voluntad a nin-

gún postulado cultural o económico -social, tanto del pasado como del presente puertorriqueño. Puede ir a la independencia de Puerto Rico, cuando el examen objetivo de las realidades de la tierra y de la gente así lo demanden. O puede no ir, o puede buscar la fórmula mediante la cual Puerto Rico pueda ser independiente, sin necesidad de condicionaria a la total separación económica o política o cultural con Estados Unidos.

Cuando Estados Unidos penetra en Puerto Rico nuestras llamadas clases altas tienen que tomar una decisión bastante azarosa. Parte de los privilegios que disfrutaban, se habían forjado al amparo de las estructuras de poder de la anterior metrópolis. El nuevo orden puertorriqueño las obliga a intentar, aisladamente como clases, una nueva alianza con la nueva metrópolis. La primera corriente de pensamiento que se forma en favor de la estadidad en Puerto Rico, es el pánico que siente el hombre de clase alta, cuando se da cuenta que su posición entre las complejidades de un nuevo tiempo americano no es tan segura como solía serlo, cuando sus parientes en Madrid o sus aliados en el gobierno de la colonia, podían moverse para resolver cualquiera crisis de su mundo. El movimiento estadista de Puerto Rico siempre ha conservado esta característica de movimiento de élite, de gente que busca algo en la metrópolis, de grupo que necesita una defensa superior contra el pueblo mismo que lo rodea, de grupo que ambiciona que la solución del problema de nuestro status se imponga desde arriba, en vez de imponerse desde abajo, que es lo normal en ciencia política. El hecho que la estadidad fuera el ideal escogido por los grupos económicos de mayor propulsión para su defensa contra el medio, le ha hecho un daño terrible a la corriente pura

de pensamiento, que ha debido formarse para el planteamiento del problema de la solución de nuestro status final, como issue de pueblo y no de clases.

El pueblo puertorriqueño siempre ha tenido, funcionado en el sub-corriente colectivo, la prevención que el ideal de estadidad es un ideal del mundo capitalista puertorriqueño. Como cuestión palmaria de observación, en el momento en que los grupos políticos que propulsan la estadidad han podido constituir gobierno en Puerto Rico, la atmósfera, el tipo de legislación, el funcionamiento en general, del gobierno, ha sido uno de abierta colaboración con las aspiraciones comunes del capitalismo puertorriqueño.

Cuando cambia la ruta universitaria del puertorriqueño, desde las universidades europeas hasta las universidades norteamericanas, el tipo de hombre educado que hubiera podido establecer esa corriente pura de pensamientos se encuentra que el ámbito que se le ha dejado en el país a las ideas sobre norteamericanización, es el estrecho ámbito capitalista. El recelo contra la nueva mentalidad, que sin lugar a dudas, existía en el país, a la larga hace de este educado en colegio norteamericano una ruedita mas en la maquinaria capitalista de Puerto Rico, no importa cual fuera su posición ante el problema de pensamiento puro envuelto. Además el puertorriqueño llega a educarse a Estados Unidos en un momento en que la educación universitaria norteamericana no es ningún modelo para crear el nuevo liderato que necesitaba la causa americanista de Puerto Rico, tal vez, con la excepción de José Celso Barbosa. Lo que trae este grupo es mas bien una actitud de deslumbramiento ante la faústica industrial ante el progreso románico, ante el espectáculo de fuerza, que representa la joven república anglosajona.

Esto hace que el trasplante profundo que se hubiera necesitado hacer en un suelo hostil, como indudablemente lo era Puerto Rico, para cultivar la nueva mentalidad, no pase de una simple actitud admirativa, que inicia ese proceso de imitación de lo norteamericano que ha creado los tres caos mas peligrosos que tiene nuestra vida actual: (a) el caos educativo; (b) el caos jurídico; y (c) el caos arquitectónico. Como la actitud imitativa lastimaba profundamente la actitud de reserva del puertorriqueño, el nuevo tipo de universitario se convierte, sin él saberlo, en un agente de provocación, el pitiyanki.

La falta de un plan de Estados Unidos para Puerto Rico, en cuanto a ideas norteamericanas se refiere, deja asimismo a Puerto Rico huérfano de todo contacto con los propios grupos culturales, con los intelectuales, con los vehículos corrientes de penetración que reconoce la cultura. Por el contrario ha habido un grupo de periodistas mecanizados, ese tipo horriblemente superficial y bajamente especializado en el sensacionalismo, que tomaba un barco de la Bull soñando que aquí iba a encontrar algún remedio de la jungla, que al enfrentarse con Puerto Rico, para vengar su decepción de muchacho literaturizante, publicaba la mas mal intencionada pintura de lo que Puerto Rico era en la prensa norteamericana. Yo recuerdo que allá por el 1925 la única revista norteamericana que se pudiera leer, buscando alguna información sensata sobre la vida norteamericana, era el American Mercury de la primera época. El resto de las casillas estaba monopolizado por la novela de detective, por la revista cinematográfica, por los cromos hogareños. No fué hasta el 1930, tal vez mas tarde, que en la Librería Campos, aparece la primera colección literaria en inglés. Este patético aislamiento cultural produce lo que era

de esperarse, que poco a poco, la corriente de pensamiento puro se va convirtiendo en una fórmula política escueta, unida al destino de un grupo económico definido y de un grupo de élite concreto, con la honrosa excepción de Emilio del Toro Cuebas.

Con qué parte de esa ideología puede coincidir o encontrarse en mayor afinidad intelectual Luis Muñoz Marín? Se puede afirmar rotundamente que Luis Muñoz Marín nunca podría aliarse a ningún grupo económico o a ningún grupo de élite de clase alguna, que intente derrocar o recortar el porvenir económico del hombre puertorriqueño. La majestuosa lealtad que este hombre tiene para el campesino, para el obrero, para el clase-media de Puerto Rico está por encima de toda estrategia de liberal, de toda cautela de político, de toda experiencia pasada o presente, entre las lealtades estimadas en los hombres públicos de nuestra historia. Esto es así porque Luis Muñoz Marín es eso, moral, intelectual y religiosamente hablando; Luis Muñoz Marín es la lealtad del nombre hacia el hombre. Después de eso, él podrá ser intelectual, político, gobernante, periodista o lo que sea. Pero su lealtad profunda, su verdad eterna, es su lealtad hacia el hombre. Para Luis Muñoz Marín no hay categoría, ni supremacías, ni estimativas que pueda establecer una desigualdad entre un hombre y otro. Todos los hombres son iguales, en igual rango de dignidad humana, ante el misterio total de la vida y de la muerte, tiene él dicho hace tiempo en una conferencia que pronunciara en el Ateneo Puertorriqueño: Cultura y Democracia.

Es indudable que en cuanto a la corriente de pensamiento que trate de norteamericanizar a Puerto Rico, in-

corporando a nuestro pueblo, aquella parte de la filosofía norteamericana, del ideario norteamericano, que pueda ayudar a la superación del tipo puertorriqueño promedio, Luis Muñoz Marín no tendría objeción alguna, no solo por razón de su cultura humanista, sino por su propia formación como pensador. En su lealtad última hacia el hombre, no puede haber diferencia para él entre un puertorriqueño y un norteamericano. Ambos forman parte del mismo enigma cósmico; ambos entran en la misma equivalencia de solidaridad humana que debe mediar entre un hombre y otro.

En cuanto a la estadida, como fórmula política escueta para la resolución final del status político de Puerto Rico, la posición de Luis Muñoz Marín de momento, no podría ser otra que la misma que ha asumido frente el problema de la independencia: coincide con el estadista, en cuanto a que de Puerto Rico deber desaparecer todo rastro de coloniaje; pero no está conforme, en cuanto a que la solución apropiada por lo menos al presente, sea la inmediata incorporación nuestra a Estados Unidos, hasta tanto no se cumplan las condiciones mínimas antes reseñadas, para una selección libre y seguir por el hombre puertorriqueño y para que dicha selección a la larga, no implique riesgo económico. Tampoco coincide con el grupo estadista, propiamente dicho, en cuanto a que la solución del problema de asociación nuestra con Estados Unidos tenga que ser dentro de la fórmula clásica de estadidad, creyendo él que puede resolverse dentro de esa fórmula, o de cualquiera otra fórmula de asociación política, que le permita mayor flexibilidad de acción al puertorriqueño para el desarrollo de su destino integral.

Un análisis de las dos corrientes mas caracterizadas para la solución del problema de soberanía de Puerto Rico,

arrojaría las siguientes conclusiones finales: el movimiento independentista de Puerto Rico es un movimiento, predominantemente de actitudes culturales, con un sistema de defensas raciales, ideomáticas, religiosas, costumbristas de tipo tradicional, restringidas a sostener la anterior personalidad histórica del Pueblo puertorriqueño, como parte del cuerpo histórico español de América, mientras el movimiento estadista de Puerto Rico es un movimiento predominantemente de raíces económicas, con un sistema de defensas encaminadas totalmente a lograr un entendimiento tanto racial, como idiomático, como religioso, como clasista con el pueblo norteamericano, expandidas para crear una nueva personalidad política del pueblo puertorriqueño como parte del cuerpo histórico anglosajón de América: mientras en el movimiento independentista predominan a veces las preocupaciones de élite cultural, en el movimiento estadista predominan a veces las exigencias de élite económica: mientras en el movimiento independentista predomina la concepción de una sobre-estructura de tipo racial-histórico, superior al destino del hombre, "la patria" en el movimiento estadista predomina la concepción de una sobre-estructura de tipo político, económico-clasístico superior al destino del hombre, "el estado."

El conflicto primordial del pensamiento humanista de Luis Muñoz Marín con la primera fórmula es que para Luis Muñoz Marín, la patria no existe como una sobre-estructura trágica por encima de los hombres que la componen. No basta pues con crear la libertad de la sobre-estructura "patria". Hay que crear la libertad de los hombres que la componen. El conflicto primordial del pensamiento político de Luis Muñoz Marín con la segunda fórmula, es que para Muñoz Marín no hay estructura de libertad política, que deba subsistir a expensas

de la igualdad económica del hombre que trata de proteger.

Mientras llega el momento adecuado, Luis Muñoz Marín a través de la estructura política crada por él, el Partido Popular Democrático, a través de un grupo de puertorriqueños profundamente re-educados por él, para lo que él entiende debe ser la mas grande tarea moral del puertorriqueño de este tiempo, prosigue su descolonización puertorriqueña. Se necesitaría una tremenda usura de ánimo para no reconocerle a Luis Muñoz Marín, una serie de realizaciones fundamentales, en beneficio de la libertad, final de Puerto Rico, cualquiera que sea la fórmula que se use para su adopción territorial. Me parece oportuno recordar en este momento las siguientes: (a) la educación de nuestro pueblo en todo el proceso democrático para la constitución de un gobierno legítimo; (b) el rescate de la tierra puertorriqueña; (c) la libertad de nuestra educación pública; (d) la creación de un nuevo sentido económico, donde el capital funciona como una agencia de civilización en vez de funcionar como una agenda de explotación; (e) la revisión de nuestra carta orgánica para ampliar nuestra autonomía local, casi al máximo; (f) la dirección de nuestro gobierno bajo un plan científico que permita la mayor distribución de los servicios gubernamentales; (g) un sistema completo para el arbitraje del contrato de trabajo; (h) el establecimiento de un sistema de credito que ha hecho posible iniciar la industrialización de Puerto Rico; (i) el establecimiento de un sistema de servicio civil suficiente para crear tanto la eficiencia como la seguridad del empleado público.

Estos valores fundamentales de la nueva civilización puertorriqueña ya constituyen una norma de conducta, un valor eterno para la vida de nuestro pueblo. Para llegar a esta paz

admirable que empieza a disfrutar el pueblo puertorriqueño ha habido que liquidar casi la totalidad del ideario colectivo de nuestro primero siglo americano demasiado imbuido de nacionalismo por un lado, y de colonialismo por otro. Tal vez la síntesis adecuada para presentar a Luis Muñoz Marín ante la posteridad sería: ni colonialismo ni nacionalismo. El primero es obsoleto, no tiene razón de existir; el segundo es obsolescente, puede afectar el profundo sentido de humanidad que necesita el hombre contemporáneo para su nueva misión de paz en el mundo, para su solidaridad humana dentro de la única gran patria que debe existir para el nombre de Occidente, la Cristiandad. Su obra tanto de pensador como de político, logró que el pueblo puertorriqueño se uniera, dentro de una admirable unidad, en el 1940 para salvar el prestigio de la democracia en Puerto Rico, en el 1944 para estructurar una nueva economía de rescate social, en el 1948 para terminar con todas las histerias de grupo, que alguna vez, nos hicieron temer a todos, que el pueblo puertorriqueño estaba condenado a una eterna pesadumbre.

EMILIO S. BELAVAL